

CAPITULO X

El café.

Poco después de haber recogido Carolina de su ventana las flores y la carta del Conde, se hallaba éste sentado á la mesa con todos sus convidados y comiendo tan alegremente como el hombre más dichoso.

¿Se acordaba entonces de Carolina, de aquella Carolina adúltera ya de pensamiento, culpable por él de ingratitud para con el mejor de los esposos, y al mismo tiempo tan desgraciada por su causa?

Casi pudiera yo asegurar que no.

Tal vez mis lectores juzgarán que la que así escribe es escéptica en materia de amor; y sin embargo, en nada reconoce más la bondad de Dios, en nada la adora tanto como en la existencia del amor; cree que del amor emanan y nacen todas las dichas de la vida, y que sólo el amor compensa todas las penas de este valle de dolores.

En lo que cree pocas veces es en los amores repentinos: piensa que el amor es una flor purísi-

ma y delicada que necesita de cuidados para crecer y dar su perfume; cree que le alimentan, tanto como la belleza física, las bellas cualidades del alma, del carácter y de la educación, y que el amor verdadero jamás se fija en un objeto que no conoce bien.

Francisco no conocía á Carolina ni bien ni mal: había visto en aquel caserón viejo, donde pensaba habitar por cinco ó seis días, á una joven linda y delicada, y como profesaba el principio aquel de que en esta vida sólo se consigue de ganancia lo que cada uno se divierte, había querido sacar el mejor partido posible de su estancia en la aldea.

Poco le importaba á él que la joven fuese un prodigio de sensibilidad y de talento, ó que fuese helada, egoísta y ruda: ni sabía cuál era su carácter, ni había pensado por un instante en detenerse á examinarlo: ¿para qué? era una flor que hallaba en su camino, que la arrancaba para recrearse con su perfume y que pensaba arrojar cuando se alejase de aquellos sitios.

Quizá la dejase para siempre yerta y marchita; pero si los hombres pensasen en esto, sería muy tonta su vida, y se privarían de mil pequeños placeres que les entretienen bastante agradablemente.

Francisco comía, bebía, hacía finezas á sus primas y á sus hermanas, reía y hablaba, sin pensar ni por incidente en la esposa de Bernardo,

quien, después de leído su billete, y unida á su agitación nerviosa la que le producían la esperanza y el temor de verle, sentía cada vez más activa en sus venas una fiebre lenta y dolorosa.

En la mesa se hallaba ya el huésped que había llegado indispuerto y que se había retirado á su cuarto: era un hombre de cerca de cincuenta años, aunque su salud, arruinada por la disipación y los desórdenes de su juventud, le hacía aparecer de algunos más: su aspecto, como el de todas las personas que han vivido demasiado aprisa, era cansado y algo triste: parecía vivir en una completa distracción y olvido del pasado y del porvenir, inquietándose también muy poco por el presente.

Largos y hermosos cabellos, que debían haber sido muy negros, pero que á la sazón estaban casi blancos, se rizaban en sus sienes, y sin duda por deferencia á su elevada clase, se le había dejado uno de los asientos preferentes de la mesa.

—Amigos míos, dijo la Marquesa al terminar la comida, Vds. tomarán el café aquí mismo, porque en el gabinete único que hay un poco confortable lo han servido para nosotras: en el campo hay que dispensar ciertas fórmulas.

—¡Cómo! exclamó Francisco: tía mía, ¿nos abandonas? ¿huyes de nosotros?

—No, por cierto: sólo quiero dejar á Vds. un rato de libertad, y al mismo tiempo tener alguna atención con esa pobre señora que vive en casa:

la he invitado, y también á su hija menor, á tomar café con nosotras.

—¡Oh, mi tía! ¿hay algo comparable á mi tía? exclamó Francisco, que era verdaderamente entusiasta del talento y distinción de la anciana Marquesa; ¿habéis visto mayor previsión, más delicadeza y gracia reunidas?

—Vamos, vamos, lisonjero, interrumpió la anciana; ¿hay algo más natural que el tener esta atención con esa señora y con su hija? Tú por tu parte debías invitar á su marido á tomar el café y pasar la velada con vosotros.

—Es cierto, tía mía, y voy á hacerlo.

Francisco se volvió á un criado que estaba detrás de su silla y le dijo:

—Vé á decir al señor de Villena que le suplico se sirva acompañarnos á tomar una taza de café.

—Ahora quedad con Dios, dijo la Marquesa. Si queréis, después de las diez nos reuniremos en mi cuarto hasta las doce, todos los que no tengan sueño ó no estén cansados de la cacería. Vamos, niñas.

La Marquesa salió, acompañada de las jóvenes, y casi al mismo tiempo entró por otra puerta el esposo de Berta, que saludó con humildad á la reunión.

Los criados sirvieron el café y se retiraron.

—Se pide, dijo uno de los jóvenes amigos del Conde, que cuente una historia el Marqués.

—Sí, sí, que la cuente.

—Él que ha sido hombre de tantas aventuras, sabrá muchas.

—Algunas sé, en efecto, respondió el interpeado, que era el huésped que había llegado enfermo, y que por esta razón hasta entonces no había salido de su cuarto.

—Pues venga una.

—Señores, vamos despacio, replicó el Marqués. ¿Quieren ustedes una historia en la que yo haya sido actor? ¿un suceso?

—¡Eso, eso! ¡un suceso!

—Pues escuchad.

El Marqués sorbió la mitad de su taza de café, encendió un cigarro habano, y apoyando la mejilla izquierda en la palma de su blanca y aristocrática mano, empezó así:

—En el año de 1837, vivía yo en París...

El Marqués fué interrumpido por un movimiento convulsivo que hizo el caballero que tenía á su derecha: era Vargas, el pintor melancólico á quien hemos oído lamentar con la Marquesa la pérdida de su familia, y que sólo pintaba en sus cuadros una mujer rubia y muy bella, una anciana y tres niños hermosos como querubines.

El Marqués se volvió asombrado y miró á Luciano; pero en nada le recordó aquel semblante triste y marchito al hermoso esposo de Wilna: por otra parte, Vargas dijo con voz dulce:

—¡Perdón, caballero: en aquella época me ha-

llaba yo también en París, y experimenté muy crueles desgracias!

El Marqués prosiguió así:

—Como todos Vds. saben, señores, soy francés é hijo de París, pero no he vivido siempre en la capital, pues la mayor parte de mi vida se ha pasado en viajes.

En el año de 1837, me hallaba en ella hacía algunos meses, de vuelta de una larga excursión á Inglaterra y Alemania: tenía yo treinta y cuatro años, y estaba fatigado de la vida, porque aun no había encontrado el amor verdadero, y las conquistas son más fáciles y numerosas en Francia que en España.

Una tarde que pasaba por el boulevard Saint-Honoré, ví una aparición celeste: la más hermosa mujer que haya podido imaginar un poeta ó un pintor: entró en una tienda de juguetes y compró una de esas ruedecitas de marfil que sirven para que los niños no sientan tanto los dolores de la dentición: yo la miraba por entre los cristales de la tienda, y la oí hablar en alemán y bastante familiarmente con el comerciante, que era alemán también: así que hubo salido ella, entré yo y pregunté al vendedor de juguetes si la conocía.

—Sí, caballero, me respondió: es Mme. Wilna, casada con un pintor español que reside aquí hace tres años.

—¿Es alemana?

—Sí, señor.

—¿Dónde vive?

El comerciante me dió las señas, y desde aquel instante no dejé un momento de asediar á la esposa del pintor.

No me faltaban, á la verdad, medios para ello: pertenecía yo á la sociedad llamada entonces de los *desagravios*, cuyos estatutos eran en extremo originales, pues nos permitían á los jóvenes de la más alta aristocracia reunirnos con las personas más calaveras, y aun con las más degradadas.

Nos dedicábamos á perseguir mujeres, y la que desairaba nuestras pretensiones quedaba castigada de una manera bien cruel: para estas mujeres desdeñosas nos erigíamos en censores despiadados: buscábamos todos los antecedentes de su vida pasada, todos los accidentes de su presente, y lanzábamos sobre ella una acusación formidable en un anónimo dirigido á su padre, á su marido, á su hermano ó á su amante, cosa que podíamos hacer las más veces, porque la calumnia es mucho más fácil de lo que algunos creen.

Todos los presentes soltaron una carcajada, celebrando las represalias de los *desagravios*: sólo una persona permanecía grave, pálida, severa: era Luciano de Vargas; pero en su frente se retrataba una perfecta serenidad y la firmeza de una resolución inmutable.

—Pedimos la continuación de la historia, gritaron muchas voces.

—¡Sí, sí! ¡la historia, Marqués, la historia!

El Marqués prosiguió de este modo:

Durante muchos días agoté todos los medios de vencer la resistencia de la bella alemana, pero en vano: no contestaba á ninguna de mis cartas, y acabó por encerrarse en su casa como en un castillo inexpugnable y del cual jamás salía.

Algunas desgracias de familia la obligaron aun más á un retiro absoluto: murió la madre de su esposo y murieron dos de sus hijos; y supe además, á fuerza de indagaciones, y por medio de una antigua criada de la casa de su padre, que alimentaba desde su primera juventud una pasión desgraciada.

Aquí fué interrumpido de nuevo el narrador, pero no por su vecino, sino por una ruidosa y grosera carcajada del señor Villena: el Marqués, ofendido, le miró fijamente, y todos los presentes se volvieron hacia él.

—Señores, no hay de qué extrañarse, dijo el ex-teniente sin dejar de reír: estoy bien enterado de esa historia, y por eso me río al escucharla.

—¡Cómo! exclamaron dos ó tres voces: ¿usted está enterado?...

—¡Claro está! como que el objeto de la pasión desgraciada de Wilna era yo!

—¡Será posible!

—Casi no lo parece al verme ahora de esta fecha y de esta facha, ¿no es cierto? pero yo no he sido siempre así... hace veinte años era Fer-

nando de Villena un gallardo oficial, calavera, elegante y adorado de las muchachas: ví á Wilna un día que fuí á casa de su padre á comprar un dije para regalar á otra joven que me amaba... me gustó, porque era muy bella; se lo dije, y le ofrecí casarme lo antes posible; la pobrecilla se lo creyó... era yo su primer amor, ya se ve, no había cosa más fácil; pero luego conocí á mi mujer, que era tan bonita como Wilna, y además regularmente rica, le gusté y me casé con ella.

La alemana era una de esas mujeres románticas y exaltadas, que por su gusto se hubiera pasado la vida llorando su primer desengaño... pero su padre pensó de otra manera... era viejo y estaba arruinado; y á fuerza de ruegos y de lágrimas la obligó á casarse... con el señor.

Y Villena, con imprudente ademán, señaló al caballero sentado á la izquierda del Marqués, y que no era otro que Luciano de Vargas, el pintor de los cabellos grises y de los grandes ojos.

Éste se levantó tranquilo, severo, imponente; y por un movimiento maquinal, todos se levantaron al mismo tiempo.

El Marqués de Chatereau, pues ya le habrá conocido el lector, se acercó pálido y conmovido á Luciano, y después de saludarle, le dijo con voz baja y que en vano procuraba hacer tranquila:

—No había conocido á V., caballero, porque no le había oído nombrar por su nombre y por-

que ha cambiado V. mucho: suspendo mi historia, que ahora veo tiene mucho de terrible... mi ofensa está en pié, pues aquella noche fatal dudé...

—¡Basta! interrumpió Luciano con voz sorda; yo acabaré de referir á estos señores la historia.

—Este hombre, prosiguió, tendiendo en torno suyo una mirada altiva, este hombre, para vengarse de mi mujer, se disfrazó de arlequín en la noche del domingo de Carnaval de 1837 y me dijo que Wilna no me amaba, y que, si quería seguirle, la hallaría con el hombre que me robaba su cariño... Poseído de un vértigo le seguí... Luego supe que había encargado á uno de sus infames amigos que se escondiera en mi casa para dar más visos de verdad á su calumnia y más seguridad á su venganza; pero sin duda á su amigo le repugnó semejante infamia, y no fué: le encerré en un cuarto y llegué hasta el dormitorio de mi mujer, á la que hallé sola... pero muerta!...

Todos retrocedieron horrorizados: Luciano continuó así:

—No fué este hombre quien mató á Wilna. Dios, quizás, en sus sabios juicios, dispuso de su vida... pero este hombre quiso perderla... y la calumnió por la más baja y cobarde de las venganzas... entonces su buena suerte le arrancó de mis manos; ¡pero hoy vuelvo á encontrarle, y le mataré!

Nadie respondió una palabra.

—Marqués, prosiguió Vargas, es inútil emplear rodeos: mañana, á las primeras horas del día, nos batiremos á pistola y á muerte: estos señores no se opondrán á nuestro intento, porque los considero á todos hombres de honor; saldremos por la puertecilla del jardín que da al campo.

Todos los presentes se contentaron con saludar, y Luciano, saludando á su vez, salió con paso lento y majestuoso.

Nadie osó romper el silencio que siguió á su salida; el Marqués, con una nobleza que hablaba mucho en su favor, se retiró también sin decir nada, y todos los convidados hicieron lo mismo, quedándose bien pronto el salón desierto.

Cada uno de aquellos hombres, todos valientes y esforzados, sentía temblar su corazón en el pecho al pensar en aquella venganza que venía á cumplirse diez y siete años después de recibida la ofensa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1085. 1825 MONTERREY, MEXICO